



La fe del carbonero

El carbonero dice: ¡Qué grande es Dios, que cría encinas para que yo haga carbón!

Esta metáfora, bastante desfasada, por la sencilla razón de que quedan muy pocos carboneros, en su contexto, lleno de sencillez, dice muy a las claras lo que es la fe, o debe ser, para el hombre de la calle.

De todos es sabido que la fe está en el pueblo llano, que desconoce los caminos que llevan a Dios y que no se sirve de la razón ni de la inteligencia para desvelar esa incógnita que ha perdido a tantos sabios, descubridores, gente de laboratorio que ha de dar una explicación razonada a todo y que al no encontrarla, pierden la fe, la poca fe que les quedaba.

La fe, dijo San Pablo, "es la sustancia de las cosas que se esperan", magnífica definición que pone o deja las cosas en su sitio. La sustancia, el jugo de la naranja, no es en sí la naranja, pero forma parte de ella.

Cuando la fe la sometemos a juicio, que es tanto como querer razonarla, encontramos que hay algo que escapa a nuestro razonamiento. La ciencia, empeñada en que la fe es una ciencia exacta, que debe ser manipulada en el laboratorio de nuestra alma, suma los dígitos y advierte que algo no cuadra con la suma, pues cuatro y cuatro nunca le da ocho. Y aquí está su error: a la fe no se la puede someter a operaciones, pues nunca daremos con el resultado apetecido. La fe es la sustancia de algo que llevamos dentro de un mundo soñado que nunca hemos visto. Ya lo dijo Jesús: "Creéis porque habéis visto. Dichosos los que sin haberme visto han creído".

Cuando la fe del científico opera en el campo matemático, cuando se hace con fe, todo es a mayor gloria de Dios. Si el científico dispone de una fe enclenque puede perderla, pues ha descubierto, que las células y el átomo, por decir algo, y en una conjunción de valores, ha dado el resultado apetecido. Entonces si el hombre descubre la penicilina o el virus del sida y da una solución pragmática a tantos problemas de la ciencia, estos descubrimientos, importantísimos, pueden erosionar la fe del hombre. Si yo he descubierto todo esto por mis propios medios, ¿qué falta me hace Dios?

Cuando la ciencia puede seguir sus propios cauces, sin necesidad de recurrir a procedimientos -rezar o dar a Dios lo que es de Dios- que todo ha surgido por mor de unos conocimientos de la materia sin necesidad de ser creyente, entonces la inspiración, la ayuda de Dios, es un mito. Dios nos hace falta, el ser humano puede vivir tranquilamente libre de las trabas que le impone la religión. Y como he dicho antes, el hombre pierde la poca fe que le quedaba. Yo he descubierto, yo he creado por mis propios medios. Y así ha nacido el naturalista ateo. No se da cuenta -y si se da no hace caso- de que todo lo que ha descubierto ya estaba creado, que ha investigado materias que ya estaban creadas por Dios. Y

estaban ahí hasta que Dios ha querido que se descubran.

Leemos en el "Magnificat": "Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes". Pero ¿quién es humilde a la hora de la creación? Muy pocos, pues eso implica un reconocimiento de su limitación y la humildad tiene poco o nada que hacer en este clima proclive al ateísmo.

Dicen los evangelios: "Al que tiene se le dará y al que no tiene se le quitará lo poco que tiene". Esto nos lleva a la conclusión de que el hombre, a caballo de su inteligencia, debe reconocer con humildad, la obra de sus manos, sin que sea eliminado por la ayuda que le presta Dios.

El hombre es libre en su fe, el hombre -cuando digo hombre me refiero a hombres y mujeres- es libre en su amor a Dios y es libre en todos los actos de su vida, políticos o religiosos. Si cuestiona su fe, si se siente como elegido en el terreno científico -y puede serlo sin ninguna duda- que no se sienta dominador del cosmos en algo y por algo que le tiene prestado en usufructo. Los dioses con minúscula, tienen la vida muy corta.

El cuerpo humano es bellísimo y a poco que indagemos podemos comprobar todo ese sistema articulado de nuestras funciones físicas, esa relojería perfectamente sincronizada. Y esta sincronía puede durar muchos años, sin que haya -salvo casos aislados- que reponer las tuercas. Si todo esto lo mirásemos con los ojos del alma y no con los del cuerpo, habría que caer de rodillas. Pero al hombre le cuesta trabajo ceder ante lo que él cree su verdad, extrapolada a un mundo donde hay otros dioses: el dinero, el poder, etc. Pero ¡ay! este poder puede elevar al hombre hasta cotas insospechadas, para luego dejarle caer. Y eso lo estamos viendo en nuestros días.

¿Qué pasa por la cabeza de estos científicos para que no necesiten a Dios ni a la hora de morir? Quizá no supieron ver que las matemáticas de Dios son otras, donde los dígitos han perdido su valor.

He hablado con cierta insistencia del agnosticismo de los hombres de laboratorio, pero también he pensado en todos los hombres que en una u otra materia han destacado en el campo de la ciencia literaria, del arte, en cualquiera de sus manifestaciones, también sujetos a todas esas circunstancias proclives a la pérdida de la fe.

Ante el creyente y el ateo se abren caminos, totalmente antagónicos: el del bien y el del mal. Todo depende del camino que elijamos. No quiero decir con esto que el que elija el camino del ateísmo, tenga que ser necesariamente malo, pues todo depende de nuestra voluntad. El ser humano es libre, no a la manera con que nos hace libres un gobierno de la tierra, aunque sea democrático, sino de esa otra donde nuestra conciencia puede hacer de juez a la hora de creer o de negar una verdad.

Antonio Iniesta